

NOTAS Y COMENTARIOS

El Padre Silverio de Santa Teresa, eminente promotor de la espiritualidad (1878-1954)

FR. MATÍAS DEL NIÑO JESÚS
Desierto de Las Batuecas

Se han publicado en esta *Revista de Espiritualidad* estudios sobre los renovadores de la espiritualidad en el siglo xx. Entre ellos bien merece puesto con mención honorífica el P. Silverio de Santa Teresa, porque fue un gran contribuyente al florecimiento de la espiritualidad carmelitana, que es como decir católica, de la que es máximo exponente la del Carmelo con sus doctores místicos Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

A los méritos y valores del P. Silverio ha dedicado un esplendoroso volumen la imprenta, editorial y revista *Monte Carmelo* (Burgos), con muy lógica causa porque fue director de la misma y su asiduo colaborador, así como Prior y Provincial en la sede donde radica, de la ciudad «Cabeza de Castilla», como históricamente se denomina a Burgos.

Plumas muy cualificadas y competentes han expuesto en tan extenso volumen los diferentes aspectos de la personalidad del P. Silverio como escritor, historiador y máxima autoridad del Carmen Descalzo como su Vicario General durante diez años y Preósito General siete años, sin que por tales cargos de gobierno dejase de lado su laboriosidad de escritor.

Intento en estas páginas que la *Revista de Espiritualidad* contribuya al elogio conmemorativo del cincuentenario de la muerte re-

pentina del P. Silverio en plena actividad de su gobierno generalicio en México en 1954, acompañado de su fiel y activísimo secretario P. Simeón de la Sagrada Familia. Memoria que bien merece en esta revista como insigne promotor de la espiritualidad. Pocos trabajos pueden superar, si acaso hay alguno, como el de haber dado (1915-1935) con tan acreditada crítica los escritos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz en los veinte grandes tomos de la «Biblioteca Mística Carmelitana» (BMC) con abundantes documentos, seguidos de los Procesos de Beatificación y Canonización y los principales libros del P. Jerónimo Gracián, el máximo colaborador y confidente de Santa Teresa.

La publicación de la BMC ha servido de base para las meritorias ediciones sucesivas de las Obras Completas de los dos Santos Doctores del Carmelo Teresiano, y para las numerosas manuales traducciones editadas en todas las lenguas. Con sola esta infatigable obra de la BMC queda justificado el calificativo dado al P. Silverio en el título de estas páginas.

A eso se añade que como Preósito General llevase a cabo la construcción del centro teológico del Teresianum, donde funciona el Instituto de Espiritualidad de Santa Teresa y San Juan de la Cruz y sus discípulos.

Al mérito de haber presentado críticamente los escritos de los máximos maestros de las ciencias del espíritu hay que recordar una segunda parte ingente como historiador de la espiritualidad (1935-1952) con los quince gruesos volúmenes de la Historia del Carmen Descalzo (HCD), conforme a los cánones historiales de su tiempo, con fines de edificación. Refiere el P. Silverio modelos innumerables de espiritualidad hecha vida santa en los que ha sido muy notablemente prolífero el Carmelo Teresiano, así de monjas como de frailes.

De los quince grandes tomos dedica cuatro a la biografía íntegra de la Madre de los espirituales, Santa Teresa; en el quinto tomo desarrolla la vida de San Juan de la Cruz. En estos cinco volúmenes presenta la vida completa de los Santos Padres del Carmelo sin detenerse en describir el tiempo en que se desarrolló su existencia, como ha hecho otro biógrafo posterior, cuya característica no interesa, para quienes Silverio escribe su historia y serían la mayoría de sus lectores. El sexto tomo, el más puesto en discusión, lo dedica

a los dos más insignes colaboradores de la reformadora teresiana, PP. Gracián y Doria con sus tan desiguales tendencias y actividades, sin los cuales el Carmelo Descalzo hoy no existiría como Orden independiente. Lo consiguió el P. Jerónimo Gracián con su don de gentes, en primer lugar como Provincia aparte, y después el P. Nicolás Doria con su diplomacia como Orden nueva, de la que fue su primer General.

Continúa en los diez tomos posteriores describiendo las vidas sintetizadas de los más insignes carmelitas tanto frailes como religiosas hasta la mitad del siglo xx, así relevantes en virtudes como en ciencia y las nuevas fundaciones de conventos y monasterios, muy numerosas por España, Portugal y América hispana. Dudo que haya tantos modelos espirituales en órdenes y congregaciones en los cuatro siglos últimos. Las antiguas órdenes los tienen en los siglos precedentes cercanos a sus fundadores, pero más brevemente reseñados por la dificultad de escribir en aquellos tiempos.

Si el P. Silverio promovió la espiritualidad con su BMC y su HCD y la construcción del Teresianum, según hemos dicho, añadió otro medio a esa promoción: un lugar dedicado exclusivamente a vivir esa espiritualidad en los llamados Desiertos Carmelitanos. Dedicó capítulos en HCD a tales casas de la Orden y a referir la vida santa de tantos de sus moradores. A ello se debe el precioso elogio que dice en su HCD (t. VII, p. 332):

«la Reforma Teresiana añadió a su gloria histórica espiritual páginas admirables de perfección cristiana, que toleran parangón con las más brillantes de los Yermos y de los más célebres eremitorios de la Cristiandad».

Entre todos los Desiertos abandonados y en ruinas tenía preferencia por el de San José de Batuecas y el máximo interés por su restauración. Él, tan conocedor de los heroísmos en los orígenes de la Reforma Teresiana, sentía viva añoranza por sus antiguos carmelos masculinos abandonados y vio con indecible gozo que Santa Maravillas fundara en los solares de los primeros de Duruelo, Manchera y en el Desierto de Batuecas, como de éste diré aquí un poco ampliamente.

En el conventico provisionalmente restaurado del monte de Batuecas estuvo el P. Silverio en 1922 para recibir en nombre de la Orden al rey Alfonso XIII en su visita a la pobre región hurdana y el rey se alojó en la residencia pequeñísima del antiguo Desierto. Después el P. Silverio escribió en *Monte Carmelo* una crónica en varios números del viaje del monarca español con el título *Por las Hurdes y las Batuecas*.

Cuando más adelante se habían establecido las carmelitas con su Priora Santa Maravillas en la dicha pequeña residencia provisional, rodeada de ruinas, el P. Silverio fue en cuanto pudo a visitarlas y les dio los ejercicios espirituales.

En abril de 1947 es elegido el P. Silverio como Prepósito General de todo el Carmelo Teresiano. En el Capítulo que lo eligió ya manifestó su deseo de restaurar la vida de los Desiertos de la Orden. Tuvo efecto al año siguiente con la fundación del nuevo Desierto de Roquebrune en Francia, inaugurado en mayo de 1948 con la asistencia del mismo P. Silverio y su Vicario General, P. María Eugenio. Pero el P. Silverio continuaba con la idea puesta en el desierto de Batuecas, el de más gloriosa historia, y del que se tenía el antiguo lugar recuperado por Santa Maravillas y allí establecida su comunidad. Por lo mismo, en cuanto se presentó la ocasión, propuso volver a implantar la vida eremítica de Batuecas a los PP. Provinciales de toda la Orden reunidos en Roma en octubre de 1950, cuya cesión ya había tramitado el Provincial de Castilla P. Valentín de San José con M. Maravillas, que muy gustosamente lo había ofrecido espontáneamente a los Padres.

Inaugurado el 28 de noviembre de 1950, su primer superior Vicario P. Benito escribió al P. General Silverio dándole informe de la inauguración, a lo cual contestó Silverio con unas líneas del mayor elogio, diciendo el 10 de enero de 1951: «Les escribo la carta a todos los que han tenido la dicha de inaugurarlos y vivir esa vida, una de las más santas que existen en la Iglesia» y lamentando no haber podido asistir (original en el Archivo de Batuecas).

San José de Batuecas volvió a ser, más que en siglos pasados un foco de vida orante, donde en el medio siglo transcurrido han fallecido carmelitas con gran fama de santidad, como el P. Tarsicio de la Virgen del Carmen, durante treinta y cinco años en el desierto y muy

conocido en la comarca, y sobre todo el P. Valentín de San José durante veintitrés años, su restaurador, autor de numerosos libros espirituales saturados de profunda unción y muy reeditados, que suscitan lectores entusiastas por llevar sus almas a Dios: *Al encuentro de Dios, Dios en Mí, Con Dios a solas, Yo en Dios o el cielo, Alegría de morir, Días de intimidad, La gracia deífica el alma, Oración mental con Santa Teresa*, etc. Todos con muchas páginas.

Los desiertos se fundaron con un fin restringido para solos los religiosos del Carmen, que actualmente son poquísimos los que lo utilizan, pero el Desierto de Batuecas muy cambiado de su primigenia finalidad está abierto a toda clase de varones, y son muchos los que acuden a pasar un tiempo durante todo el año, aun en pleno invierno, en plan de silencio, oración, paz en su valle paradisíaco de frondosidad y montes. Así está más que nunca convertido el Desierto de San José de Batuecas en foco viviente universal de espiritualidad y son muchos los que piden ingreso en su vida, lo que no permite su legislación.

No termina aquí mi consideración sobre la personalidad del insigne P. Silverio con lo mucho que escribió y realizó. En su mente bullían otras ideas destacadas sobre la Orden, aunque ya no tuvo vida para dejar escritas, sino indirectamente o de palabra personal.

Con la inteligencia privilegiada y competencia histórica de que el P. Silverio estaba dotado, como ningún otro carmelita, sobre la vida y espíritu del Carmen Descalzo, tenía muy previstas las perspectivas de la Orden. Me refiero a tres aspectos o sujetos diferentes: Santa Maravillas, P. María Eugenio y el futuro cercano de la Orden.

1. SU ESTIMA DE LA M. MARAVILLAS

Poseía un juicio indudable de los valores y santidad de la Madre, en cuanto a los ideales de la perfección teresiana, tanto de su virtud personal como de la orientación que daba a sus comunidades. Tan convencido estaba el P. Silverio de su favorable criterio que en su *Historia del Carmen Descalzo* (v. 15, cap. 34. [1952]) escribió muy discretamente, para no herir su humildad, los siguientes indirectos elogios:

«Quien haya tratado un poco a la M. Maravillas de Jesús, habrá notado en ella un amor profundo a la Orden y, como obligada consecuencia, un anhelo firme y constante por restaurar los conventos históricos de la Reforma Teresiana».

La Madre Maravillas se instaló con toda su comunidad del Cerro de los Ángeles en lo habitable de las ruinas del Desierto Carmelitano de San José de Batuecas en 1937. Acomodadas heroicamente en estrecho local, escribe el P. Silverio:

«Se declaró de rigurosa clausura y la vida regular comenzó el mismo día como si Santa Teresa en persona hubiera sido la Priora».

Unos años más tarde, estando ya bien acondicionada en el Cerro de los Ángeles, se trasladó al diminuto conventico de Mancera, que fundó en 1944 en el mismo sitio habitado por los primeros Descalzos, y apostilla el P. Silverio:

«La santa observancia dio comienzo inmediatamente con la perfección que hubiera podido hacerlo la propia Santa Madre (Teresa), sin blandear en lo más mínimo de cuanto la insigne Fundadora dejó dispuesto en sus Constituciones y las demás preciosas enseñanzas a sus hijas en sus incomparables escritos y correspondencia epistolar».

Pasados tres años, Santa Maravillas funda el carmelo de Duruelo, junto al lugar primero del Carmen Descalzo, que inauguró San Juan de la Cruz, lo que a pesar de sus intentos no pudo realizar antes que el de Mancera. Era ya General de la Orden el P. Silverio, que acogió la idea con el mayor entusiasmo y aceptó la invitación de presidir la inauguración del pequeñito carmelo duruelense el 20 de julio de 1947, fiesta del santo profeta Elías. El P. Silverio comenta: «¡Qué alegría tan profunda y sana y tan clásicamente teresiana irradió todo nuestro ser!» Al fin añade: «Fue día de grandes emociones para los que llevaban entrañado el amor a la Descalceza Teresiana y, para mí, uno de los más felices de mi vida». Allí quedó de priora la M. Maravillas, como lo había sido en Mancera, siempre por voluntad unánime de sus monjas.

El aprecio de la virtud de la M. Maravillas por parte del P. Silverio era muy profundo al menos desde que sepamos desde que la Madre era novicia en El Escorial, y por eso allí llevó a su hermana a ingresar carmelita, con lo cual la Hermana Josefina fue connovicia de Santa Maravillas. Posteriormente era tal la estima de la Santa por la Hermana Josefina que, para ejercitar la obediencia, ya que siempre la elegían priora en sus fundaciones, ella sometía su juicio en los asuntos de las comunidades al parecer de la Hermana Josefina, hermana del P. Silverio.

La misma relación y veneración tuvo después por la M. Maravillas el hermano menor del P. Silverio, el P. Anselmo de Santa Teresa, gran predicador de la provincia de Castilla, al que los carmelos de la M. Maravillas encargaron muchas veces que les diera los ejercicios espirituales. Como último dato, también el mismo P. Silverio se los dio. La vez que está documentada fue en el Desierto de Batuecas, donde escribo, pues en el Diario del Desierto se hace constar que la M. Maravillas pidió al P. Silverio les diera los ejercicios, y así está anotado que se los dio del 20 al 30 de julio de 1938, cuando aún estaban viviendo en aquella soledad provisionalmente y el P. Silverio ya era Vicario General en Roma. El aprecio de la M. Maravillas, con sus virtudes y obras, por el P. Silverio ha quedado refrendado por su solemne canonización y la aclamación universal de que goza, con tan rápida elevación al sumo honor de los altares.

2. SANTIDAD DEL P. MARÍA EUGENIO

Era General del Carmelo Teresiano el P. Silverio, y primer Consejero o Definidor General el P. María Eugenio del Niño Jesús durante siete años. Antes habían sido conjuntamente el P. Silverio primer Definidor General y el P. María Eugenio tercero durante diez años; convivieron, pues, juntos diecisiete años en la casa generalicia de Roma. Se decía entonces que la casa generalicia era una escuela de perfección en el sentido de que todos los Definidores eran ejemplares de vida carmelitana. A pesar de ello, el P. María Eugenio sobresalía, como diré.

Me encontraba yo, jovencito carmelita en Duruelo, conversando amigablemente con el prestigioso Preósito General P. Silverio sobre la vida santa en los inicios de la Reforma Teresiana, allí comenzada. A este respecto hizo una alusión a sus consejeros de la curia de Roma y me dijo textualmente: «Allí tenemos un francés cabal, el Definidor P. María Eugenio, que es un carmelita perfecto en todo», con otras palabras que no recuerdo.

No cabe mayor elogio de la santidad del P. María Eugenio, porque lo hizo la suprema autoridad de la Orden, General de tan extraordinario prestigio, que lo había escogido como su primer consejero y Vicario, y llevaban muchos años conviviendo en la misma comunidad, y eran simultáneamente miembros del Consejo General. Por lo tanto el P. Silverio fue el máximo testigo de sus virtudes religiosas.

No es lo mismo conocer a otra persona eventualmente o por cartas, en que se suele dar sensación de buenos, y hasta muy espirituales, como convivir tantos años en la misma comunidad y trato habitual. Así es patente la apreciación del P. Silverio, ya que el P. María Eugenio está en proceso de beatificación con buen augurio de subir al sumo honor de los altares, con el éxito de sus libros en tantas lenguas reeditados.

3. FUTURO DEL CARMELO TERESIANO

En conversación confidencial con el P. Silverio, como Preósito General veía venir exactamente lo sucedido en los años actuales con grandes sombras, como se hallan las antiguas órdenes, según criterios. No pudo vislumbrar el florecimiento de sus vocaciones en gran parte de la Orden. Hoy el Carmelo Teresiano es en conjunto más numeroso que antes del Concilio y tiene un magnífico esplendor de su apostolado específico, centros de espiritualidad y promoción de la ciencia y cultura carmelitana, teresiana, sanjuanista, lexoviense y otras y la universal exaltación de sus santos.

Sirvan estas páginas de tributo honorífico al P. Silverio de Santa Teresa, que por su parte también contribuyó al honor de esta Revista de Espiritualidad, que al principio de su andadura dedicó en el

número extraordinario de homenaje a San Juan de la Cruz en su cuarto centenario natal de 1942 el artículo silveriano; Fray Juan de la Cruz Doctor providencial (n.^{os} 4-5, pp. 332-371). Su mejor aportación a la espiritualidad fue su indefectible asistencia a los actos comunes de liturgia y las dos horas íntegras de oración mental, aparte de su laboriosidad constante por los espirituales desde sus muy juveniles años.